

Ro  
MAN  
CERO



**Ro**  
**MAN**  
**CERO**

Nuestro agradecimiento a autores,  
herederos, fundaciones, editoriales y  
agentes literarios por su colaboración  
en la edición de esta obra.

EDICIÓN NO VENAL CON MOTIVO DE LA  
**SEMANA EUROPEA DE LA MOVILIDAD 2007**

# Ro MAN CERO

Selección de textos

JOSEFINA JUNQUERA COCA  
JOSÉ ANTONIO GALINDO RIAÑO

**JUNTA DE ANDALUCIA**

CONSEJERÍA DE OBRAS PÚBLICAS Y TRANSPORTES

© De los autores  
© JUNTA DE ANDALUCÍA.  
Consejería de Obras Públicas y Transportes

COORDINACIÓN DE LA EDICIÓN:  
Dirección General de Planificación. Servicio de Publicaciones  
Nº DE REGISTRO: JAOP/PL-41-2007

SELECCIÓN DE TEXTOS:  
Josefina Junquera Coca y José Antonio Galindo Riaño  
DISEÑO GRÁFICO: José Antonio Galindo Riaño  
FOTOGRAFÍAS: Julio Castellano

IMPRESIÓN Y ENCUADERNACIÓN: Gráficas Varona S.A.  
IMPRESO EN ESPAÑA

ROMANCERO / Selección realizada por Josefina Junquera Coca,  
José Antonio Galindo Riaño.– [Sevilla]: Consejería de Obras Públicas  
y Transportes, [2007].  
120 p.; 17 cm

Edición no venal con motivo de la Semana Europea de la Movilidad  
2007.

Selección de romances dividida en bloques cronológicos: Romancero  
Viejo (SIGLOS XIV Y XV), Romancero Nuevo (SIGLOS XVI Y XVII),  
Romancero Nuevo (SIGLOS XVIII Y XIX), Romancero Nuevo (1ª MITAD  
SIGLO XX) y Romancero Nuevo (2ª MITAD SIGLO XX).  
DEPÓSITO LEGAL: S-1339-2007

I. Literatura. 2. Descripciones y viajes. I. Junquera Coca, Josefina.  
II. Galindo Riaño, José Antonio. III. Andalucía. Consejería de Obras  
Públicas y Transportes. Consejería de Obras Públicas y Transportes.

Hasta que el pueblo las canta,  
las coplas coplas no son,  
y cuando las canta el pueblo,  
ya nadie sabe el autor.

MANUEL MACHADO

*Cualquiera canta un cantar...*



## Presentación

Este libro que tiene entre las manos conmemora la Semana Europea de la Movilidad 2007. Por sexto año consecutivo, la Junta de Andalucía obsequia con un libro, realizado expresamente para esta ocasión, a los usuarios de transporte público regional y metropolitano. Y ello para agradecerles el haber elegido este medio de transporte en sus desplazamientos.

Con ello queremos que sea más consciente de que el tiempo que pasamos en el autobús o en el tren, podemos emplearlo en otras cosas. Disfrutar del paisaje o la ciudad, observar a los vecinos, hablar por el móvil, escuchar música, cerrar los ojos, imaginar o leer. Lo que no podemos hacer cuando conducimos nuestro coche.

A la vez, el transporte público nos ahorra tiempo y dinero, atascos, enfados, buscar aparcamiento... Sin duda, con el transporte público, ganamos tiempo y calidad de vida.

Pero no sólo eso. Reducimos las emisiones de CO<sup>2</sup>, y por lo tanto contribuimos a mejorar la calidad del aire, y a que nuestras ciudades estén menos congestionadas por el tráfico y sean más habitables.

La opción por el transporte público es tarea de todos: de las Administraciones, que deben ofrecer una red de transporte eficaz y segura en la que los ciudadanos puedan confiar, pero también de estos, que deben responder utilizando los servicios y redes de transporte, dando el paso de prescindir del coche en sus desplazamientos.

La Junta de Andalucía sigue trabajando para que nuestra Comunidad tenga una red de transporte público eficaz, segura, sostenible y adaptada a las

necesidades de los ciudadanos. Con el fin de que nuestras ciudades sean más habitables, tengamos mayor calidad de vida y nuestra sociedad avance. Para ello, la Junta está impulsando la mejora de la calidad de los servicios de transporte en cualquiera de sus modos, en estaciones de autobuses y apeaderos, así como en conservar y ampliar la red de carreteras.

Se han constituido cinco Consorcios de Transporte Metropolitano en las áreas de Sevilla, Málaga, Jerez-Bahía de Cádiz, Granada y Campo de Gibraltar para prestar más y mejores servicios. Se están creando también Consorcios en Almería, Córdoba, Huelva y Jaén.

Así mismo, la Junta de Andalucía está promoviendo nuevos sistemas de transportes públicos, como los metros, tranvías, catamaranes etc. en todas estas áreas metropolitanas. Se trata de transportes eficientes, desde el punto de vista funcional, ambientalmente sostenibles y socialmente cohesivos.

Por otra parte, la Junta de Andalucía y el Ministerio de Fomento desarrollan y ejecutan de forma coordinada los proyectos y obras de la Alta Velocidad Transversal de Andalucía (Sevilla-Antequera-Granada-Almería), que contribuirá, junto a otras actuaciones en marcha, a la conexión mediante ferrocarril de Alta Velocidad de todas las capitales de la Comunidad Autónoma entre sí.

Este año hemos elegido los Romances como tema para este libro. El Romance es un poema, característico de la tradición literaria española, que relata un cuento y en tiempos pasados, fue la manera de transmitir historias. Los cantares de gesta se transmitían por juglares y trovadores. Con el tiempo, los trozos que más gustaban fueron memorizados por el pueblo y se transmitieron de generación en generación como herencia oral y cultural. Los descubridores los llevaron con ellos a América y con los sefardíes se extendieron por las dos orillas del Mediterráneo. Cuando se inventó la imprenta, se imprimieron pliegos que han permitido que la transmisión oral pasara a escrita, y que viajaran en el tiempo hasta nuestros días. Ojalá que este librito sea como aquellos pliegos que corrían de mano en mano y que impidieron la desaparición de estos poemas, para disfrute de todos.

Feliz viaje

**CONCEPCIÓN GUTIÉRREZ DEL CASTILLO**

CONSEJERA DE OBRAS PÚBLICAS Y TRANSPORTES  
JUNTA DE ANDALUCÍA



## Introducción

Los orígenes de los romances son inciertos. De ahí la afirmación del ilustre D. Ramón Menéndez Pidal: «*Cómo nació el Romancero no lo podemos saber*». Se trata de composiciones épicas y líricas que evocan la guerra y el amor, que fueron creadas para ser recitadas y cantadas con acompañamiento instrumental. Hoy perduran como parte importante de nuestra memoria oral y escrita. Los romances más antiguos pertenecen al siglo xv, con la excepción de unos cuantos que datan de fines del siglo xiv. Se llaman Romances Viejos y no sabemos quiénes los escribieron; así los distinguimos de los Romances Nuevos, que fueron compuestos por poetas cultos a partir del siglo xvi.

La fórmula del romance es sencilla: versos de ocho sílabas en los que riman los versos pares quedando sueltos los impares. La extensión del romance es muy variable; los hay cortos, como el de «El prisionero», de autor desconocido, y muy largos, como «La tierra de Alvargonzález», escrito por Antonio Machado.

Los temas de los romances son muy variados. En el Romancero Viejo se recogen leyendas muy antiguas, como la de los Infantes de Lara o las hazañas del Cid Campeador. Los de tema fronterizo daban nuevas de la conquista, del frente de guerra entre moros y cristianos, como el bellissimo de «*Álora, la bien cercada*». Los juglares, que cantaban los romances en las plazas de ciudades, caminos y aldeas, se convertían en propagadores de noticias e informadores de las hazañas bélicas de sus contemporáneos. De esta manera la poesía se hace crónica. Otros asuntos que gustaban mucho eran los de historias bíblicas y religiosas, vidas de santos, martirios como el de Santa Catalina y milagros como el de San Antonio y los pajaritos, cuya música perdura hasta hoy. Cabe imaginar a los juglares cantando, encandilando a un público ávido de historias antiguas, como la de Nerón contemplando el incendio de Roma o la muerte de Roldán en Roncesvalles, historias de reyes y princesas que tienen amores clandestinos, relatos de tragedias y sucesos sangrientos, de padres que martirizan a sus hijas conversas a la religión de los cristianos, de lamentos moriscos por la pérdida de su ciudad, de lobos, pastores y arrieros. Los temas cambian a medida que avanza el tiempo.

Así como los Romances Viejos fueron creados por manos anónimas, que no dejaron su firma pero que

sí nos han legado su arte y su crónica. En el Siglo de Oro (siglos xvi y xvii) Cervantes, Lope de Vega, Góngora o Quevedo cultivaron el género con notable acierto.

No se prodigaron mucho los romances en el Siglo de las Luces (siglo xviii), época de clasicismo, avances tecnológicos y afrancesamiento, aunque hemos recogido alguna muestra de poetas ilustrados. A partir del siglo xix, con la eclosión del Romanticismo y su reivindicación de las lenguas vernáculas y la literatura popular, el Romancero (que no es otra cosa que el conjunto de romances, viejos y nuevos) incrementa notablemente su caudal poético. Zorrilla y el Duque de Rivas utilizaron el verso octosílabo y, al tiempo que daban vida nueva al romance, nos han legado, algunos tan populares como «*A buen juez, mejor testigo*».

Será en el siglo xx cuando lo más granado de la poesía española utilice de nuevo el metro octosílabo, sorprendiéndonos con bellísimos poemas confeccionados con el verso tradicional. Los hermanos Manuel y Antonio Machado, Juan Ramón Jiménez, García Lorca, Rafael Alberti, Gerardo Diego y Muñoz Rojas han logrado que sus poemas sean conocidos y aprendidos por nosotros en la casa, en la escuela o en la calle. Más de una vez hemos evocado a

Antoñito el Camborio y Soledad Montoya, porque forman parte de nuestro imaginario poético. De igual modo, el paisaje de España se refleja en los romances; así el río Júcar o el Duero están unidos para siempre a Gerardo Diego, o la Laguna Negra a Antonio Machado.

Recitar los romances en nuestro interior y recuperar nuestra memoria poética es el objeto de este librito, menudo en su forma e intenso en su sabor, libro-amigo que nos acompañará siempre.

JOSEFINA JUNQUERA COCA

A close-up, black and white photograph of a bicycle wheel hub and spokes. The spokes are thin and radiate from the central hub. The hub is dark and has a metallic sheen. The background is a textured, light-colored surface, possibly a wall or a piece of fabric.

ROMANCERO  
VIEJO

SIGLOS XIV Y XV



ANÓNIMOS

ROMANCERO  
VIEJO

SIGLOS XIV Y XV



Rey moro tiene tres hijas,  
todas tres como la plata.  
La más chiquitita de ellas  
Delgadina se llamaba.  
Un día 'stando a la mesa  
su padre la remiraba.  
—¿Qué me remira uste, padre?  
—Hija, no te veo nada,  
yo lo que quiero es que seas  
tú la mi serica amada.  
—No lo permita Dios Padre  
ni la Virgen Soberana,  
que en vida de la mi madre  
sea tu serica mala.  
—Pronto, pronto, mis criados,  
encerradla en una sala:  
si pidiera de comer,  
carne de perro salada,  
si pidiera de beber,  
agua de la mar salada,  
si pidiera de almohada,  
el poyete de la ventana.  
Ya se asoma Delgadina  
y asomóse a una ventana.



*Delgadina*

*Anónimo (sefardí)*

Con lágrimas de sus ojos  
toda la sala regaba.  
Viera pasar a su hermana  
jugando juegos de damas.  
—Hermana, si eres mi hermana,  
dame una poquita de agua  
que de sed y non de hambre  
salir se me quiere el alma.  
—Entrate, perra cochina,  
entrate, perra marrana,  
que no quisistes hacer  
lo que el rey, mi padre, manda.  
—Hermano, si eres mi hermano,  
dame una poquita de agua  
que de sed y non de hambre  
salir se me quiere el alma.  
—Entrate, perra cochina,  
entrate, perra marrana,  
que no quisistes hacer  
lo que el rey, mi padre, manda.  
Ya se entraba Delgadina  
y asomóse a otra ventana.  
Con lágrimas de sus ojos  
toda la sala regaba.

Viera pasar a su madre  
—Madre, si eres mi madre,  
dame una poquita de agua  
que de sed y non de hambre  
salir se me quiere el alma.  
—Si el rey, tu padre, se entera  
el cuchillo a la mesa  
la cabeza nos cortaba.  
Ya se asoma Delgadina  
y vió a su padre que pasaba.  
—Padre, si eres mi padre,  
dame una poquita de agua  
que de sed y non de hambre  
salir se me quiere el alma.  
Pronto, pronto, mis criados,  
id y traedle el agua.  
Ellos en estas palabras,  
Delgadina el alma entregara.



Lavaba la blanca niña,  
lavaba y expandía,  
con lágrimas la lavaba,  
con suspiros la expandía.  
Por ahí pasa un caballero,  
copo d'agua le demandó.  
de lágrimas de sus ojos  
siete cantaricas le hinchó.  
—¿Por qué lloras, blanca niña?,  
mi señora, ¿por qué lloras?  
—Todos vienen de la guerra  
al qu'aspero non hay tornar.  
—Dáme señal, mi señora,  
señal del vuestro balabay.  
—Alto, alto, como'l pino,  
y derecho como es la flecha,  
una barbica roya tiene,  
empezando l'a despuntar.  
—Ya lo vide yo, mi señora,  
a la guerra matado stá,

una hora antes que muriera  
tres palabricas me habló:  
mujer hermosa yo tengo,  
hijicos como es el sol,  
y la de tres, mi señora,  
que me casara yo con vos.  
—Onde siet'año l'asperí,  
otros siete lo vo 'sperar,  
si al de ocho no viene,  
bivdica quedara ella.  
—Non llores más, blanca niña,  
non llores ni quieres llorar:  
yo s'el vuestro marido,  
el qu'asperas de la guerra.  
—Si sos el mi marido  
síñal de mi cuerpo darás.  
—En el pecho de ezquiedro  
ahí tenes un buen lunar.



Fonte frida, Fonte frida  
fonte frida y con amor,  
do todas las avecidas  
van tomar consolación,  
sino es la tortolica,  
que está viuda y con dolor.  
Por allí fuera a pasar  
el traidor del ruiñeñor;  
las palabras que él decía  
llenas son de traición:  
—Si tú quisieses, señora,  
yo sería tu servidor.  
—Vete de ahí, enemigo,  
malo, falso, engañador,  
que ni poso en ramo verde  
ni en prado que tenga flor,  
que si hallo el agua clara  
turbia la bebía yo;  
que no quiero haber marido  
porque hijos no haya, no;  
no quiero placer con ellos  
ni menos consolación.  
Déjame triste enemigo,  
malo, falso, mal traidor;  
que no quiero ser tu amiga  
ni casar contigo, no.



Que por mayo era por mayo,  
cuando hace la calor,  
cuando los trigos encañan  
y están los campos en flor,  
cuando canta la calandria  
y responde el ruiñeñor,  
cuando los enamorados  
van a servir al amor,  
sino yo, triste, cuitado,  
que vivo en esta prisión,  
que ni sé cuándo es de día,  
ni cuándo las noches son,  
sino por una avecilla  
que me cantaba al albor.  
Matómela un ballestero;  
déle Dios mal galardón.



«Abenámar, Abenámar,  
moro de la morería,  
el día que tú naciste  
grandes señales había.  
Estaba la mar en calma,  
la luna estaba crecida;  
moro que en tal signo nace,  
no debe decir mentira.»  
Allí respondiera el moro,  
bien oiréis lo que decía:  
«No te la diré, señor,  
aunque me cueste la vida,  
porque soy hijo de un moro  
y una cristiana cautiva;  
siendo yo niño y muchacho  
mi madre me lo decía:  
que mentira no dijese,  
que era grande villanía:  
por tanto pregunta, rey,  
que la verdad te diría.»  
«Yo te agradezco, Abenámar,  
aquesta tu cortesía.  
¿Qué castillos son aquéllos?  
¡Altos son y relucían!»

«El Alhambra era, señor,  
y la otra la mezquita;  
los otros los Alijares,  
labrados a maravilla.  
El moro que los labraba  
cien doblas ganaba al día  
y el día que no los labra  
otras tantas se perdía.  
El otro es Generalife,  
huerta que par no tenía;  
el otro Torres Bermejas,  
castillo de gran valía.»  
Allí habló el rey don Juan,  
bien oiréis lo que decía:  
«Si tú quisieras, Granada,  
contigo me casaría;  
daréte en arras y dote  
a Córdoba y a Sevilla.»  
«Casada soy, rey don Juan,  
casada soy, que no viuda;  
el moro que a mí me tiene  
muy grande bien me quería.»



Yo me era mora Moraima,  
morilla de un bel catar;  
cristiano vino a mi puerta,  
cuitada, por me engañar.  
Hablóme en algarabía,  
como quien la sabe hablar:  
—«Ábrasme las puertas, mora,  
sí, Alá te guarde de mal.»  
«Cómo te abriré, mezquina,  
que no sé quién te serás?»  
—«Yo soy el moro Mazote  
hermano de la tu madre,  
que un cristiano deajo muerto  
y tras mí viene el alcalde:  
si no me abres tú, mi vida,  
aquí me verás matar.»  
Cuando esto oí, cuitada,  
comencéme a levantar,  
vistiérame una almejía,  
no hallando mi brial,  
fuérame para la puerta  
y abríla de par en par.

¡Quién hubiese tal ventura  
sobre las aguas del mar,  
como hubo el conde Arnaldos  
la mañana de San Juan!  
Con un falcón en la mano  
la caza iba a cazar,  
vio venir una galera  
que a tierra quiere llegar.  
Las velas traía de seda,  
la ejarcia de un cendal,  
marinero que la manda  
diciendo viene un cantar  
que la mar hacía en calma,  
los vientos hace amainar,  
los peces que andan n'el hondo,  
arriba los hace andar,  
las aves que andan volando  
n'el mástel las faz posar;  
allí fabló el conde Arnaldos,  
bien oiréis lo que dirá:  
—«Por Dios te ruego, marinero,  
dígasme ora ese cantar.»  
Respondióle el marinero,  
tal respuesta le fue a dar:  
—«Yo no digo esta canción  
sino a quien conmigo va.»





De Francia partió la niña,  
de Francia la bien guarnida;  
íbase para París,  
do padre y madre tenía.  
Errado lleva el camino,  
errada lleva la guía;  
arrimárase a un roble  
por esperar compañía.  
Vio venir a un caballero,  
que a París lleva la guía.  
La niña, desde que le vido,  
desta suerte le decía:  
—Si te place, caballero,  
llévesme en tu compañía.  
—Pláceme,—dijo,—señora;  
pláceme,—dijo,—mi vida.  
Apeóse el caballero  
por hacelle cortesía;  
puso la niña en las ancas  
y él subiérase en la silla.  
En el medio del camino  
de amores la requería.  
La niña desde que lo oyera,  
díjole con osadía:  
—Tate, tate, caballero,  
no hagáis tal villanía;  
hija soy de un malato  
y de una malatía;

el hombre que a mí llegase,  
malato se tornaría.  
El caballero con temor  
palabra no respondía.  
A la entrada de París  
la niña se sonreía—.  
—¿De qué vos reís, señora?  
¿De qué vos reís, mi vida?  
—Ríome del caballero,  
y de su gran cobardía,  
¡tener la niña en el campo,  
y catarle cortesía!—  
Caballero con vergüenza  
estas palabras decía:  
—Vuelta, vuelta, mi señora,  
que una cosa se me olvida—.  
La niña, como discreta,  
dijo: —Yo no volvería,  
ni persona, aunque volviese,  
en mi cuerpo tocaría:  
hija soy del rey de Francia  
y la reina Constantina;  
el hombre que a mí llegase  
muy caro le costaría.



Álora, la bien cercada,  
tú que estás en par del río,  
cercóte el Adelantado  
una mañana en domingo,  
de peones y hombres de armas  
el campo bien guarnecido;  
con la gran artillería  
hecho te habían un portillo.  
Viérades moros y moras  
subir huyendo al castillo;  
Las moras llevan la ropa,  
los moros harina y trigo,  
y las moras de quince años  
llevaban el oro fino,  
y los moricos pequeños  
llevan la pasa y el higo.  
Por encima del adarve  
su pendón llevan tendido.  
Allá detrás de una almena

quedado se había un morico  
con una ballesta armada  
y en ella puesto un cuadrillo.  
en altas voces diciendo,  
que del real le han oído:  
—«¡Tregua, tregua, Adelantado,  
por tuyo se da el castillo!»  
Alza la visera arriba,  
por ver el que tal le dijo,  
asestárale a la frente,  
salido le ha al colodrillo.  
Sacóle Pablo de rienda,  
y de mano Jacobillo,  
estos dos que había criado  
en su casa desde chicos.  
Lleváronle a los maestros  
por ver si sería guarido;  
a las primeras palabras,  
el testamento les dijo.



En Santa Gadea de Burgos,  
do juran los fijosdalgo,  
allí le toma la jura  
el Cid al rey castellano.  
Las juras eran tan fuertes  
que a todos ponen espanto;  
sobre un cerrojo de hierro  
y una ballesta de palo:  
«Villanos mátente, Alfonso,  
villanos, que non fidalgos;  
de las Asturias de Oviedo,  
que no sean castellanos.  
Mátente con aguijadas,  
no con lanzas ni con dardos;  
con cuchillos cachicuernos,  
no con puñales dorados;  
abarcas traigan calzadas,  
que non zapatos con lazos;  
capas traigan aguaderas,  
non de contray ni frisado;  
con camisones de estopa,  
non de holanda ni labrados;  
vayan cabalgando en burras,  
non en mulas ni caballos;

frenos traigan de cordel,  
non de cueros fogueados.  
Mátente por las aradas,  
non por villas ni poblados,  
y sáquente el corazón  
por el siniestro costado,  
si non dijeres verdad  
de lo que te es preguntado:  
si fuiste, ni consentiste  
en la muerte de tu hermano».  
Jurado tiene el buen rey  
que en tal caso no es hallado;  
pero con voz alterada  
dijo muy mal enojado:  
—«Cid, hoy me tomas la jura  
después besarme has la mano».  
Respondiérale Rodrigo:  
como hombre muy enojado:  
—«Por besar mano de rey  
no me tengo por honrado;  
porque la besó mi padre  
me tengo por afrentado».  
—«Vete de mis tierras, Cid,  
mal caballero probado,



y no me estés más en ellas  
desde este día en un año».  
—«Pláceme, dijo el buen Cid,  
pláceme, dijo de grado,  
por ser la primera cosa  
que mandas en tu reinado:  
tú me destierros por uno,  
yo me destierro por cuatro».  
Ya se despide el buen Cid,  
sin al rey besar la mano,  
con trescientos caballeros,  
esforzados fijosdalgos.  
Todos son hombres mancebos,  
ninguno hay viejo ni cano;  
todos llevan lanza en puño  
con el hierro acicalado,  
y llevan sendas adargas,  
con borlas de colorado.

Las huestes de don Rodrigo  
desmayaban y huían,  
cuando en la octava batalla  
sus enemigos vencían.  
Rodrigo deja sus tiendas  
y del real se salía,  
solo va el desventurado,  
que no lleva compañía.  
El caballo de cansado  
ya mudar no se podía,  
camina por donde quiere,  
que no le estorba la vía.  
El rey va tan desmayado  
que sentido no tenía;  
muerto va de sed y hambre,  
de verle era mancilla;  
iba tan tinto de sangre  
que una brasa parecía;  
las armas lleva abolladas,  
que eran de gran pedrería;





la espada lleva hecha sierra,  
de los golpes que tenía;  
el almete, de abollado,  
en la cabeza se hundía;  
la cara llevaba hinchada  
del trabajo que sufría.  
Subióse encima de un cerro,  
el más alto que veía;  
desde allí mira su gente  
cómo iba de vencida,  
dallí mira sus banderas  
y estandartes que tenía,  
cómo están todos pisados,  
que la tierra los cubría;  
mira por los capitanes,  
que ninguno parecía,  
mira el campo tinto en sangre,  
la cual arroyos corría.  
Él, triste de ver aquesto,  
gran mancilla en sí tenía;

llorando de los sus ojos  
de esta manera decía:  
—Ayer era rey de España,  
hoy no lo soy de una villa;  
ayer, villas y castillos,  
hoy ninguno poseía;  
ayer tenía criados  
y gente que me servía;  
hoy no tengo una almena,  
que pueda decir que es mía,  
¡desdichada fue la hora,  
desdichado fue aquel día  
en que nací y heredé  
la tan grande señoría,  
pues lo había de perder  
todo junto y en un día!  
¡Oh muerte!, ¿por qué no vienes  
y llevas esta alma mía  
de aqueste cuerpo mezquino,  
pues se te agradecería?



A França hi ha una dama,  
dama, dama de gran valor  
Du la cabeiera llarga,  
llarga fins en el taló.

Se mare li pentina  
cabeiet de dos en dos.  
Es seu germá la se mira  
amb aquells uis matadors.

L'agafa per la mà blanca,  
la mena a missa major.  
Quan va prendre aigo beneïda,  
sa piqueta tornà d'or.

Los altres seien en terra,  
i ells dos, en cadira d'or.  
Es capellà que deia missa  
va perdre es kyrieleison;

per dir Dominus vobiscum  
va dir Spiritu tuò.  
S'escolá que li servia va dir:  
—«Això no ès això»—.

*En Sevilla está una ermita  
cual dicen de San Simón  
adonde todas las damas  
iban a hacer oración;*

*allá va la mi señora,  
sobre todas la mejor.  
Saya lleva sobre saya,  
mantillo de un tornasol,*

*en a su boca muy linda  
lleva un poco de dulzor,  
en la su cara muy blanca  
lleva un poco de color*

*y en los sus ojuelos garzos  
lleva un poco de alcohol.  
A la entrada de la ermita  
relumbrando como el sol,*

*el abad que dice la misa  
no la puede decir, non;  
monacillo que le ayudan  
no aciertan responder, non:*

*por decir «amén, amén»,  
decían «amor, amor.»*



Paseábase el rey moro  
por la ciudad de Granada  
desde la puerta de Elvira  
hasta la de Vivarrambla.  
—«¡Ay de mi Alhama!»

Cartas le fueron venidas  
que Alhama era ganada:  
las cartas echó en el fuego  
y al mensajero matara,  
—«¡Ay de mi Alhama!»

Descabalga de una mula,  
y en un caballo cabalga;  
por el Zacatín arriba  
subido se había al Alhambra.  
—«¡Ay de mi Alhama!»

Como en el Alhambra estuvo,  
al mismo punto mandaba  
que se toquen sus trompetas,  
sus añfiles de plata.  
—«¡Ay de mi Alhama!»

Y que las cajas de guerra  
aprieta toquen al arma,  
porque lo oigan sus moros,  
los de la Vega y Granada.  
—«¡Ay de mi Alhama!»

Los moros que el son oyeron  
que al sangriento Marte llama,  
uno a uno y dos a dos  
juntado se ha gran batalla.  
—«¡Ay de mi Alhama!»

Allí habló un moro viejo,  
de esta manera hablara:  
—«¿Para qué nos llamas, Rey,  
para qué es esta llamada?»  
—«¡Ay de mi Alhama!»

—«Habéis de saber, amigos,  
una nueva desdichada:  
que cristianos de braveza  
ya nos han ganado Alhama».  
—«¡Ay de mi Alhama!»

Allí habló un alfaquí  
de barba crecida y cana:  
—«¡Bien se te emplea, buen Rey!  
¡buen Rey, bien se te empleara!».  
—«¡Ay de mi Alhama!»

—«Mataste los Abencerrajes,  
que eran la flor de Granada;  
cogiste los tornadizos  
de Córdoba la nombrada».  
—«¡Ay de mi Alhama!»

—«Por eso mereces, Rey,  
una pena muy doblada;  
que te pierdas tú y el reino,  
y aquí se pierda Granada».  
—«¡Ay de mi Alhama!»

A close-up, black and white photograph of a bicycle wheel hub and spokes. The spokes are thin and radiate from the center hub. The hub is dark and cylindrical. The background is a textured, light-colored surface, possibly a wall or a piece of fabric.

**ROMANCERO  
NUEVO**

SIGLOS XVI Y XVII



LOPE DE VEGA  
PEDRO DE PADILLA  
MIGUEL DE CERVANTES  
LUIS DE GÓNGORA  
FRANCISCO DE QUEVEDO  
LUCAS RODRÍGUEZ

ROMANCERO  
NUEVO

SIGLOS XVI Y XVII



«Mira, Zaide, que te aviso  
que no pases por mi calle  
ni hables con mis mujeres,  
ni con mis cautivos trates,  
ni preguntes en qué entiendo  
ni quién viene a visitarme,  
qué fiestas me dan contento  
o qué colores me aplacen;  
basta que son por tu causa  
las que en el rostro me salen,  
corrida de haber mirado  
moro que tan poco sabe.  
Confieso que eres valiente,  
que hiendes, rajas y partes,  
y que has muerto más cristianos  
que tienes gotas de sangre;  
que eres gallardo jinete,  
que danzas, cantas y tañes,  
gentil hombre, bien criado  
cuanto puede imaginarse;  
blanco, rubio por extremo,  
señalado por linaje,  
el gallo de las bravatas,  
la nata de los donaires;  
y pierdo mucho en perderte  
y gano mucho en ganarte,  
y que si nacieras mudo  
fuera posible adorarte;



*Mira, Zaide...*

**Lope de Vega**

Madrid, 1562-1635

y por este inconveniente  
determino de dejarte,  
que eres pródigo de lengua  
y amargan tus libertades;  
y habrá menester ponerte  
quien quisiere sustentarte  
un alcázar en el pecho  
y en los labios un alcaide.  
Mucho pueden con las damas  
los galanes de tus partes,  
porque los quieren briosos,  
que rompan y que desgarren;  
mas tras esto, Zaide amigo,  
si algún convite te hacen  
al plato de sus favores  
quieren que comas y calles.  
Costoso fue el que te hice;  
venturoso fueras, Zaide,  
si conservarme supieras  
como supiste obligarme.  
Apenas fuiste salido  
de los jardines de Tarfe,  
cuando hiciste de la tuya  
y de mi desdicha alarde.

A un morito mal nacido  
me dicen que le enseñaste  
la trenza de los cabellos  
que te puse en el turbante.  
No quiero que me la vuelvas,  
ni quiero que me la guardes,  
mas quiero que entiendas, moro,  
que en mi desgracia la traes.  
También me certificaron  
cómo le desafiaste  
por las verdades que dijo,  
que nunca fueran verdades.  
De mala gana me río;  
¡qué donoso disparate!  
No guardas tú tu secreto  
¿y quieres que otro lo guarde?  
No quiero admitir disculpa;  
otra vez vuelvo a avisarte  
que ésta será la postrera  
que me hables y te hable».  
Dijo la discreta Zaida  
a un altivo bencerraje,  
y al despedirse repite:  
«Quien tal hace, que tal pague».



De las ganancias de amor,  
señores, no hayáis cudicia,  
que cuanto bien da en un año  
todo lo quita en un día.  
Por el val de la esperanza,  
mi deseo en compañía  
caminaba muy contento  
para donde Amor vivía.  
Con el resplandor guiado  
de la diosa a quien servía,  
cuya luz, tocando al alma,  
oh, qué bien que parecía.  
El Amor, cuando lo supo,  
a recibirme salía,  
y con alegre semblante  
desta suerte me decía:  
—«Muy gran placer me habéis hecho  
en esta vuestra venida,  
si queréis sueldo en mi corte  
con ventaja se os daría,

y si dama a quien servir  
que os tengan todos envidia,  
de acomodaros en esto  
infinito holgaría».  
—«Yo no vengo a ganar sueldo  
ni en tu casa le querría,  
que contigo, no a partido,  
sino a merced estaría;  
ni quiero pedirte dama  
qué s muy hermosa la mía  
sólo a demandar favor  
es agora esta venida,  
contra la que así me trata  
y de tus leyes se olvida.  
Amor, vuelve por tu honra,  
que no es bien que se permita  
que una mujer te desprecia  
y a quien la sirve persiga».

**Pedro de Padilla**

Madrid, 1540-1599



Hermosita, hermosa,  
la de las manos de plata,  
más te quiere tu marido  
que el Rey de las Alpujarras.  
Eres paloma sin hiel,  
pero a veces eres brava  
como leona de Orán,  
o como tigre de Hircania.  
Pero en un tras, en un tris,  
el enojo se te pasa,  
y quedas como alfeñique,  
o como cordera mansa.  
Riñes mucho y comes poco:  
algo celosita andas;  
que es juguetón el teniente,  
y quiere arrimar la vara.  
Cuando doncella, te quiso  
uno de una buena cara;  
que mal hayan los terceros,  
que los gustos desbaratan.  
Si a dicha tú fueras monja,  
hoy tu convento mandarás,  
porque tienes de abadesa  
más de cuatrocientas rayas.  
No te lo quiero decir,  
pero poco importa, vaya:  
enviudarás y otra vez,  
y otras dos, serás casada.

No llores, señora mía,  
que no siempre las gitanas  
decimos el Evangelio;  
no llores, señora; acaba...  
Como te mueras primero  
que el señor teniente, basta  
para remediar el daño  
de la viudez que amenaza.  
Has de heredar, y muy presto,  
hacienda en mucha abundancia;  
tendrás un hijo canónigo,  
la iglesia no se señala:  
de Toledo no es posible.  
Una hija rubia y blanca  
tendrás, que si es religiosa,  
también vendrá a ser prelada.  
Si tu esposo no se muere  
dentro de cuatro semanas,  
verásle corregidor  
de Burgos o Salamanca.  
Un lunar tienes: ¡qué lindo!  
¡Ay Jesús, qué luna clara!  
¡Qué sol, que allá en los antípodas  
oscuros valles aclara!  
Más de dos ciegos, por verle  
dieran más de cuatro blancas:  
ahora si es la risica:  
¡ay, que bien haya esa gracia!  
[...]



Servía en Orán al rey  
un español con dos lanzas,  
y con el alma y la vida  
a una gallarda africana,  
tan noble como hermosa,  
tan amante como amada,  
con quien estaba una noche  
cuando tocaron al arma.  
Trescientos cenetes eran  
deste rebato la causa;  
que los rayos de la luna  
descubrieron las adargas;  
las adargas avisaron  
a las mudas atalayas,  
las atalayas los fuegos,  
los fuegos a las campanas;  
y ellas al enamorado,  
que en los brazos de su dama  
oyó el militar estruendo  
de las trompas y las cajas.  
Espuelas de honor le pican  
y freno de amor le para;  
no salir es cobardía,  
ingratitude es dejalla.  
Del cuello pendiente ella,  
viéndole tomar la espada,  
con lágrimas y suspiros  
le dice aquestas palabras:

«Salid al campo, señor,  
bañen mis ojos la cama;  
que ella me será también,  
sin vos, campo de batalla.  
Vestíos y salid apriesa,  
que el general os aguarda;  
yo os hago a vos mucha sobra  
y vos a él mucha falta.  
Bien podéis salir desnudo,  
pues mi llanto no os ablanda;  
que tenéis de acero el pecho,  
y no habéis menester armas».  
Viendo el español brioso  
cuánto le detiene y habla,  
le dice así: «Mi señora,  
tan dulce como enojada,  
porque con honra y amor  
yo me quede, cumpla y vaya;  
vaya a los moros el cuerpo,  
y quede con vos el alma».  
«Concededme, dueño mío,  
licencia para que salga  
al rebato en vuestro nombre,  
y en vuestro nombre combata».

**Luis de Góngora**

Córdoba, 1561-1627



«A los moros por dinero;  
a los cristianos de balde».  
¿Quién es ésta que lo cumple?  
Dígasmelo tú, el romance.

Yo, con mi fe de bautismo,  
tras ella bebo los aires;  
por moro me tienen todas:  
dinero quieren que gaste.

En lenguaje de mujeres,  
que es diferente lenguaje,  
de balde es dos veces *dé*,  
cosa que no entendió nadie.

Todas me llaman Antón,  
todas me cobran Azarque,  
y son, al daca y al pido,  
mis billetes Alcoranes.

El sombrero que les quito  
se les antoja turbante,  
y mi prosa, algarabía,  
por más español que hable.

Sin duda, romance aleve,  
que, por sólo el consonante,  
a los pordioseros fieles  
les diste alegrón tan grande.

Y aquella maldita hembra,  
para burlar el linaje  
de los Baldeses de paga,  
tocó a barato una tarde.

Luego que el romance oí,  
me llamaba por las calles  
cristianísimo, sin miedo  
del rey de Francia y sus Pares.

¿Adónde están los cristianos  
que gozan de aqueste lance?:  
que en el reino de Toledo  
los Pedros pagan por Tarfes.

Si la que lo prometiste  
en esa cazuela yaces,  
más gente harás, si te nombras,  
que las banderas de Flandes.

Doña Urraca diz que fue  
la del pregón detestable:  
que cosa tan mal cumplida  
no pudo ser de otras aves.

**Francisco de Quevedo**

Madrid, 1580-1645



Por una triste espesura  
por un monte muy subido,  
vi venir un caballero  
de polvo y sangre teñido;  
dando muy crueles voces  
y con llanto dolorido,  
con lágrimas riega el suelo  
por lo que le ha sucedido,  
que le quitaron a Angélica  
en un campo muy florido  
dos caballeros cristianos  
que en rastro dél han venido,  
y viéndose ya privado  
del contento que ha tenido,  
sin su Angélica y su bien,  
va loco por el camino.  
Desmayado iba el moro  
con diez lanzadas herido,  
pero no se espanta deso,  
no se daba por vencido,

que en llegando a una verdura  
del caballo ha descendido  
para atarse las heridas,  
que mucha sangre ha perdido,  
y con el dolor que siente  
en el suelo se ha tendido,  
y con voces dolorosas  
triste, ansioso y afligido,  
maldecía su ventura  
y el día en que había nacido,  
pues no se podía vengar  
deste mal que le ha venido;  
y estando en esta congoja,  
el gesto descolorido,  
dando suspiros al aire  
el alma se le ha salido.

**Lucas Rodríguez**

Alcalá de Henares, Madrid, 2-1599



A close-up, black and white photograph of a bicycle wheel hub and spokes. The spokes are thin and radiate from the center hub. The hub is dark and has a central axle. The background is a textured, light-colored surface, possibly a wall or a piece of fabric.

ROMANCERO  
NUEVO

SIGLOS XVIII Y XIX



NICASIO ÁLVAREZ CIENFUEGOS  
JUAN MELÉNDEZ VALDÉS  
JOSÉ ZORRILLA  
GUSTAVO ADOLFO BÉCQUER  
ROSALÍA DE CASTRO  
JACINTO VERDAGUER  
ANÓNIMO

ROMANCERO  
NUEVO

SIGLOS XVIII Y XIX



¿Adónde rápidos fueron,  
benéfica primavera,  
tus cariñosos verdores  
y tus auras placenteras?  
¿Do están los amables días,  
cuando a la aurora risueña,  
de tus cálices rosados  
tributabas mil esencias?  
¿Do los pomposos follajes  
que oyeron las cantilenas  
del ruiñeñor en las noches  
llenando de amor las selvas?  
¿Do estás, juventud del año?  
Perdióse en la ardiente fuerza  
de agosto, murió el estío,  
y ahora noviembre reina;  
noviembre, que despojando  
los bosques y las praderas,  
con amarillos matices  
las galas de abril afea.  
¡Cuál de los vientos al soplo,  
para siempre caen en tierra  
las hojas al pie del tilo  
que vio su antigua belleza!



*El fin del otoño*

**Nicasio Álvarez Cienfuegos**

Madrid, 1764–1809

Y sus maternas ramas,  
en soledad lastimera,  
los rigores del invierno  
desconsoladas esperan;  
del invierno, que dejando  
sus escarchadas cavernas,  
ya se adelanta, seguido  
de borrascosas tormentas.  
¡Adiós, albergues queridos  
de las aves halagüeñas,  
nidos de amor, y teatros  
de maternas ternezas!  
Ya no abrigaréis piadosos  
la desnuda descendencia  
del colorín, ni mi oído  
regalarán sus querellas.  
¡Oh, cuán diferentes cantos  
ahora doquier resuenan!,  
que, entre orfandades la muerte  
su carro aciago pasea.

¡Cuántas virtudes oprimen  
sus inexorables ruedas!  
¡Cuánta esperanza sepultan,  
y cuánto amor atropellan!  
Ni la juventud perdonan,  
ni el himeneo respetan.  
¡Oh Filis, Filis!, ¿quién sabe  
si ya en nuestro mal se acercan?  
Nuestras niñeces volaron,  
y en pos las flores primeras  
de la juventud. ¡Ay tristes!  
A nuestros días ¿qué resta?  
En ellos, ya desde lejos,  
asoma, de canas llena,  
la ancianidad dolorosa,  
el desamor y tristeza.  
Amemos, amemos, Filis;  
mira qué rápidos llegan,  
que ya este otoño es memoria,  
y el tiempo destruye y vuela.



Del sol llevaba la lumbre,  
y la alegría del alba,  
en sus celestiales ojos  
la hermosísima Rosana,  
una noche que a los fuegos  
salió, la fiesta de Pascua,  
para abrasar todo el valle  
en mil amorosas ansias.  
La primavera florece  
donde las huellas estampa;  
y donde se vuelve, rinde  
la libertad de mil almas.  
El céfiro la acaricia  
y mansamente la halaga,  
los Cupidos la rodean  
y las Gracias la acompañan.  
Y ella, así como en el valle  
descuella la altiva palma,  
cuando sus verdes pimpollos  
hasta las nubes levanta,  
o cual vid de fruto llena,  
que con el olmo se abraza,  
y sus vástagos extiende  
al arbitrio de las ramas;

así entre sus compañeras  
el nevado cuello alza,  
sobresaliendo entre todas  
cual fresca rosa entre zarzas;  
o como cándida perla  
que artífice diestro engasta  
entre encendidos corales,  
porque más luzcan sus aguas.  
Todos los ojos se lleva  
tras sí, todo lo avasalla;  
de amor mata a los pastores,  
y de envidia a las zagalas;  
ni las músicas se atienden,  
ni se gozan las lumbradas;  
que todos corren por verla,  
y al verla todos se abrasan.  
¡Qué de suspiros se escuchan!  
¡Qué de vivas y de salvas!  
No hay zagal que no la admire  
y no enloqueza en loarla.

[...]

**Juan Meléndez Valdés**

Ribera del Fresno, Badajoz, 1754-1817



[...]

Vienen delante don Pedro  
de Alarcón, Ibán de Vargas,  
su hija Inés, los escribanos,  
los corchetes y los guardias;  
y detrás monjes, hidalgos,  
mozas, chicos y canalla.

Otra turba de curiosos  
en la vega les aguarda,  
cada cual comentariando  
el caso según le cuadra.

Entre ellos está Martínez  
en apostura bizarra,  
calzadas espuelas de oro,  
valona de encaje blanca.  
bigote a la borgoñesa,  
melena desmelenada,  
el sombrero guarnecido  
con cuatro lazos de plata,  
un pie delante del otro,  
y el puño en el de la espada.

Los plebeyos de reajo  
le miran de entre las capas:  
los chicos, al uniforme,  
y las mozas, a la cara.

Llegado el gobernador  
y gente que le acompaña,  
entraron todos al claustro  
que iglesia y patio separa.

Encendieron ante el Cristo  
cuatro cirios y una lámpara,  
y de hinojos un momento  
le rezaron en voz baja.

Está el Cristo de la Vega  
la cruz en tierra posada,  
los pies alzados del suelo  
poco menos de una vara;  
hacia la severa imagen  
un notario se adelanta,  
de modo que con el rostro  
al pecho santo llegaba.  
A un lado tiene a Martínez;  
a otro lado, a Inés de Vargas;  
detrás, el gobernador  
con sus jueces y sus guardias.  
Después de leer dos veces  
la acusación entablada,  
el notario a Jesucristo  
así demandó en voz alta:  
—Jesús, Hijo de María,  
ante nos esta mañana  
citado como testigo  
por boca de Inés de Vargas,  
¿juráis ser cierto que un día  
a vuestras divinas plantas  
juró a Inés Diego Martínez  
por su mujer desposarla?

**José Zorrilla**  
Valladolid, 1817-1893



Asida a un brazo desnudo  
una mano atarazada  
vino a posar en los autos  
la seca y hendida palma,  
y allá en los aires «¡Sí juro!»,  
clamó una voz más que humana.  
Alzó la turba medrosa  
la vista a la imagen santa...  
Los labios tenía abiertos  
y una mano desclavada.

Las vanidades del mundo  
renunció allí mismo Inés,  
y espantado de sí propio,  
Diego Martínez también.  
Los escribanos, temblando,  
dieron de esta escena fe,  
firmando como testigos  
cuantos hubieron poder.  
Fundóse un aniversario  
y una capilla con él,  
y don Pedro de Alarcón  
el altar ordenó hacer,  
donde hasta el tiempo que corre,  
y en cada año una vez,  
con la mano desclavada  
el crucifijo se ve.

Dos rojas lenguas de fuego  
que, a un mismo tronco enlazadas  
se aproximan y al besarse  
forman una sola llama;

dos notas que del laúd  
a un tiempo la mano arranca,  
y en el espacio se encuentran,  
y armoniosas se abrazan;

dos olas que vienen juntas  
a morir sobre una playa,  
y que al romper se coronan  
con un penacho de plata;

dos jirones de vapor  
que del lago se levantan,  
y al juntarse allí en el cielo,  
forman una nube blanca;

dos ideas que al par brotan,  
dos besos que a un tiempo estallan,  
dos ecos que se confunden...:  
eso son nuestras dos almas.



*Dos rojas lenguas de fuego*

**Gustavo Adolfo Bécquer**

Sevilla, 1836-1870



Adiós, ríos; adiós, fontes;  
adiós, regatos pequenos;  
adiós, vista dos meus ollos:  
non sei cando nos veremos.  
Miña terra, miña terra,  
terra donde me eu criéi,  
hortiña que quero tanto,  
figueiriñas que prantéi,  
prados, ríos, arboredas,  
pinares que move o vento,  
paxariños piadores,  
casiña do meu contento,  
muiño dos castañares,  
noites craras de luar,  
campaniñas trimbadoras,  
da igrexiña do lugar,  
amoriñas das silveiras  
que eu lle daba ó meu amor,  
camiñiños antre ó millo,  
¡adiós, para sempre adiós!  
¡Adiós gloria! ¡Adiós contento!  
¡Deixo a casa onde nacín,  
deixo a aldea que conozo  
por un mundo que non vin!  
Deixo amigos por estraños,  
deixo a veiga polo mar,  
deixo, en fin, canto ben quero...  
¡Quen pudiera non deixar!...  
[...]

*Adiós ríos, adiós fuentes;  
Adiós, arroyos pequeños;  
Adiós, vista de mis ojos;  
No se cuando nos veremos.  
Tierra mía, tierra mía,  
tierra donde me crié,  
huertecita que quiero tanto,  
higueritas que planté,  
prados, ríos, arboledas,  
 pinares que mueve el viento,  
pajaritos piadores,  
casita de mi contento,  
molino de los castaños,  
noches de clara luna,  
campanitas timbradoras,  
de la iglesia del lugar,  
moritas de aquellos bosques  
que yo le daba a mi amor,  
caminitos entre el trigo,  
¡adiós, para siempre adiós!  
¡Adiós, gloria! ¡Adiós, contento!  
¡Dejo la casa en que nací,  
dejo la aldea que conozco  
por un mundo que no vi!  
Dejo amigos por extraños,  
dejo la vega por el mar,  
dejo todo cuanto quiero...  
¡Quién pudiera no dejar...!  
[...]*



*Entre la vinya e'l fenollar  
amor me pres, fe'm Deus amar  
Ramón Llull*

Lo matí de ma infantesa  
quin matí fou tan hermós!  
lo cor vessava de càntics,  
lo camp vessava d'olors.  
Jo em sentí unes ales nàixer  
i volí de flor en flor,  
a quiscuna que em somreia  
li dictava una cançó;  
si cançons no li plavien,  
li donava un bes o dos.  
No veia de vostra tenda,  
gran Déu, les estrelles d'or.  
Les vegí per entre els arbres,  
i adéu, floretes del bosc,  
per la bresca de mos càntics  
ja no teniu prou dolçor.  
Prou veia après les estrelles,  
mes no us veia encara a Vós,  
del cell bellesa increada,  
robadora de l'amor.  
Ara que us veig i us abraço,  
adéu, estrelles i tot;  
per aimar a qui tant aimo  
ja no tinc prou gran lo cor.

*Cómo pasé de la vida  
la mañana sin dolor!  
Cantos del alma salían  
y de los campos de Dios.  
Nacer me sentí unas alas,  
volando de flor en flor;  
a las que me sonreían  
las canté de corazón,  
y si el canto desdeñaban  
les daba un ósculo ó dos.  
De los astros del Empíreo  
no distinguía el fulgor,  
y al verlos entre los árboles  
de objeto el canto mudó,  
no teniendo flor alguna  
para sus trovas dulzor.  
Vi después a las estrellas,  
sin distinguiros á Vos,  
beldad del cielo increada,  
robadora del amor.  
Puesto que os veo y abrazo,  
a todo doy un adiós,  
que para amar a quien amo  
no hay en mí bastante ardor.*



De los árboles frutales  
me gusta el melocotón,  
y de los reyes de España  
Don Alfonso Borbón,

—¿Dónde vas Alfonso XII?

¿Dónde vas triste de ti?

—Voy en busca de Mercedes  
que ayer tarde no la vi.

—Si Mercedes ya se ha muerto,  
el entierro yo lo vi,  
cuatro duques la llevaban  
por la calles de Madrid.

Su carita era de cera,  
sus manitas de marfil  
y el velo que la cubría  
de color de carmesí.

Sandalias bordadas de oro,  
llevaba en sus lindos pies,  
que se las bordó la Infanta,  
la Infanta Doña Isabel.

El manto que la envolvía  
era rico terciopelo  
y en letras de oro decía:  
«Ha muerto cara del cielo».

Los caballos de palacio  
ya no quieren pasear,  
porque se ha muerto Mercedes  
y luto quieren llevar.

Los faroles de las calles  
con negras gasas están,  
porque se ha muerto Mercedes  
y luto quieren guardar.

—Al entrar en mi palacio,  
una sombra negra vi,  
cuanto más me retiraba  
más se venía hacia mí.

—No temas, Alfonso XII,  
no te asustes, ¡ay de mí!,  
que soy tu esposa Mercedes,  
que me vengo a despedir.



A close-up, black and white photograph of a bicycle wheel hub and spokes. The spokes are thin and radiate from the center hub. The hub is dark and cylindrical. The background is a textured, light-colored surface, possibly gravel or sand.

ROMANCERO  
NUEVO

1ª MITAD SIGLO XX



ANTONIO MACHADO  
MIGUEL DE UNAMUNO  
PÍO BAROJA  
JUAN RAMÓN JIMÉNEZ  
DELMIRA AGUSTINI  
GERARDO DIEGO  
FEDERICO GARCÍA LORCA  
CONCHA MÉNDEZ  
PEDRO GARFIAS  
JOAQUÍN ROMERO MURUBE  
JOSÉ ANTONIO MUÑOZ ROJAS  
MIGUEL HERNÁNDEZ

ROMANCERO  
NUEVO

1ª MITAD SIGLO XX



[...]

La casa de Alvargonzález  
era una casona vieja,  
con cuatro estrechas ventanas,  
separada de la aldea  
cien pasos y entre dos olmos  
que, gigantes centinelas,  
sombra le dan en verano  
y en el otoño hojas secas.

Es casa de labradores,  
gente, aunque rica, plebeya,  
donde el hogar humeante  
con sus escaños de piedra  
se ve sin entrar, si tiene  
abierta al campo la puerta.

Al arrimo del rescoldo  
del hogar borbollonean  
dos pucherillos de barro,  
que a dos familias sustentan.

A diestra mano, la cuadra  
y el corral; a la siniestra,  
huerto y abeja, y al fondo,  
una gastada escalera,  
que va a las habitaciones  
partidas en dos viviendas.



*La tierra de Alvargonzález*

**Antonio Machado**

Sevilla, 1875-1939

Los Alvargonzález moran  
con sus mujeres en ellas.  
A ambas parejas, que hubieron,  
sin que lograrse pudieran,  
dos hijos, sobrado espacio  
les da la casa paterna.

En una estancia que tiene  
luz al huerto, hay una mesa  
con gruesa tabla de roble,  
dos sillones de vaqueta;  
colgado en el muro un negro  
ábaco de enormes cuentas,  
y unas espuelas mohosas  
sobre un arcón de madera.

Era una estancia olvidada  
donde hoy Miguel se aposenta.  
Y era allí donde los padres  
veían en primavera  
el huerto en flor, y en el cielo  
de mayo, azul, la cigüeña  
—cuando las rosas se abren  
y los zarzales blanquean—  
que enseñaba a sus hijuelos  
a usar de las alas lentas.

Y en las noches del verano,  
cuando la calor desvela,  
desde la ventana al dulce  
ruiseñor cantar oyeran.

Fue allí donde Alvargonzález,  
del orgullo de su huerta  
y del amor de los suyos,  
sacó sueños de grandeza.

Cuando en brazos de la madre  
vio la figura risueña  
del primer hijo, bruñida  
de rubio sol la cabeza  
del niño que levantaba  
las codiciosas, pequeñas  
manos a las rojas guindas  
y a las moradas ciruelas,  
oh, aquella tarde de otoño  
dorada, plácida y buena,  
él pensó que ser podría  
feliz hombre en la tierra.

Hoy canta el pueblo una copla  
que va de aldea en aldea:  
«¡Oh, casa de Alvargonzález,  
qué malos días te esperan;  
casa de los asesinos,  
que nadie llame a tu puerta!» [...]



*Arlança, Pisuerga e aun Carrión  
gozan de nombres de ríos, enpero  
después que juntados llamámoslos Duero  
fazemos de muchos una relación.*

(JUAN DE MENA, *El laberinto de Fortuna*)

Arlanzón, Carrión, Pisuerga,  
Tormes, Águeda, mi Duero.  
Lígrimos, lánguidos, íntimos,  
espejando claros cielos,  
abrevando pardos campos,  
susurrando romanceros.  
Valladolid: le flanqueas,  
de niebla le das tus besos;  
le cunabas a Felipe  
consejas de Comuneros.  
Tordesillas: de la loca  
de amor vas bizmando el duelo  
a que dan sombra piadosa  
los amores de Don Pedro.  
Toro, erguido en la atalaya,  
sus leyes no más recuerdo,  
hace con tus aguas vino  
al sol de León, brasero.  
Zamora de Doña Urraca,  
Zamora del Cid mancebo,

sueñan torres con sus ojos  
siglos en corriente espejo.  
Arribes de Fermoselle,  
por pingorotas berruecos,  
temblando el Tormes acuesta  
en tu cauce sus ensueños.  
Code de Mieza, que cuelga  
sobre la sima del lecho.  
Escombrera de Laverde,  
donde se escombraron rezos.  
Fregeneda fronteriza,  
con sus viñedos por fresnos.  
Barca d'Alba del abrazo  
del Águeda con tu estero.  
Douro que bordando viñas  
vas a la mar prisionero,  
y coges de paso al Támega,  
de hondas saudades cuévano.  
En su foz Oporto sueña  
con el Urbión altanero;  
Soria en su sobremeseta,  
con la mar toda sendero.  
Árbol de fuertes raíces  
aferrado al patrio suelo,  
beben tus hojas, las aguas,  
la eternidad del ensueño.

**Miguel de Unamuno**

Bilbao, 1864-1936



Ventas de Cárdenas, ventas  
próximas a Almuradiel,  
alto de Sierra Morena  
por donde atraviesa el tren  
para pasar de La Mancha  
al ibérico vergel;  
lugar que nombra Cervantes  
en su obra más de una vez  
y que ilustró con canciones  
el alavés Iradier.  
¿Dónde diablos os metéis  
que no os he podido ver?  
¿Qué hicisteis de vuestras ruinas  
que no queda una pared  
que tenga aspecto de antigua  
de algo que fue y no es?

En cambio de un pueblo nuevo,  
con un elegante hotel,  
se alzan las casas flamantes,  
hechas en un dos por tres.  
El pueblo tiende a ensancharse,  
a extenderse y a crecer  
y a cubrir Despeñaperros  
mientras se dan cita en él  
arriscados deportistas  
de Linares y Jaén.

Nada habla de Dorotea,  
ni de Cardenio el doncel,  
ni el cura o Don Quijote,  
que iluminó su vejez  
sintiéndose enamorado  
de una sombra de mujer.  
¿Dónde estáis Ventas de Cárdenas  
que no os he podido ver?

**Pío Baroja**  
San Sebastián, 1872-1956

Juan Ramón Jiménez  
Moguer, Huelva, 1881-1958

*Romance son de mis venas*



Río mío de mi huir,  
salido son de mis venas,  
que con mi sangre has regado  
parajes de tanta tierra,  
¡cómo me gusta dejarte  
ir con lo que me llevas,  
verte perderme en la mar  
que se apropia mi leyenda  
en un fundirnos que es  
aumento de dos presencias,  
mar que recibe mi sangre,  
yo que subo en su marea!

¡Cómo me gusta tu entrarme  
en la armonía perpetua,  
elemento que no apaga  
la pesantez de la piedra;  
que si soy un ser de fondo  
de aire, una bestia presa  
por las plantas de los pies  
que me sientan la cabeza,  
compensará las espumas  
de mi sangre que corriera  
el mustioso amapolar  
que cubre mi parte quieta!

*Maryland*

Manos que sois de la Vida,  
manos que sois del Ensueño;  
que disteis toda belleza  
que toda belleza os dieron;  
tan vivas como dos almas,  
tan blancas como de muerto,  
tan suaves que se diría  
acariciar un recuerdo;  
vasos de los elixires  
los filtros y los venenos;  
¡manos que me distéis gloria,  
manos que me distéis miedo!  
Con finos dedos tomasteis  
la ardiente flor de mi cuerpo...  
Manos que vais enjoyadas  
del rubí de mi deseo,  
la perla de mi tristeza,  
y el diamante de mi beso:  
¡llevad a la fosa misma  
un pétalo de mi cuerpo!  
Manos que sois de la Vida,  
manos que sois del Ensueño.

[...]



*Para tus manos*

**Delmira Agustini**

Montevideo, Uruguay, 1887–1914



Agua verde, verde, verde,  
agua encantada del Júcar,  
verde del pinar serrano  
que casi te vio en la cuna

—bosques de san sebastianes  
en la serranía oscura,  
que por el costado herido  
resinas de oro rezuman—;

verde de corpiños verdes,  
ojos verdes, verdes lunas,  
de las colmenas, palacios  
menores de la dulzura,

y verde —rubor temprano  
que te asoma a las espumas—  
de soñar, soñar —tan niña—  
con mediterráneas nupcias.

Álamos, y cuántos álamos  
se suicidan por tu culpa,  
rompiendo cristales verdes  
de tu verde, verde urna.

Cuenca, toda de plata,  
quiere en ti verse desnuda,  
y se estira, de puntillas,  
sobre sus treinta columnas.

No pienses tanto en tus bodas,  
no pienses, agua del Júcar,  
que de tan verde te añilas,  
te amoratas y te azulas.

No te pintes ya tan pronto  
colores que no son tuyas.  
Tus labios sabrán a sal,  
tus pechos sabrán a azúcar

cuando de tan verde, verde,  
¿dónde corpiños y lunas,  
pinos, álamos y torres  
y sueños del alto Júcar?

**Gerardo Diego**  
Santander, 1896–1987



Voces de muerte sonaron  
cerca del Guadalquivir.  
Voces antiguas que cercan  
voz de clavel varonil.  
Les clavó sobre las botas  
mordiscos de jabalí.  
En la lucha daba saltos  
jabonados de delfín.  
Bañó con sangre enemiga  
su corbata carmesí,  
pero eran cuatro puñales  
y tuvo que sucumbir.  
Cuando las estrellas clavan  
rejones al agua gris,  
cuando los erales sueñan  
verónicas de alhelí,  
voces de muerte sonaron  
cerca del Guadalquivir.

—Antonio Torres Heredia,  
Camborio de dura crin,  
moreno de verde luna,  
voz de clavel varonil:  
¿Quién te ha quitado la vida  
cerca del Guadalquivir?  
—Mis cuatro primos Heredias  
hijos de Benamejí.  
Lo que en otros no envidiaban,  
ya lo envidiaban en mí.

Zapatos color corinto,  
medallones de marfil,  
y este cutis amasado  
con aceituna y jazmín.  
—¡Ay Antoñito el Camborio  
digno de una Emperatriz!  
Acuérdate de la Virgen  
porque te vas a morir.  
—¡Ay Federico García,  
llama a la Guardia Civil!  
Ya mi talle se ha quebrado  
como caña de maíz.

Tres golpes de sangre tuvo  
y se murió de perfil.  
Viva moneda que nunca  
se volverá a repetir.  
Un ángel marchoso pone  
su cabeza en un cojín.  
Otros de rubor cansado,  
encendieron un candil.  
Y cuando los cuatro primos  
llegan a Benamejí,  
voces de muerte cesaron  
cerca del Guadalquivir.

**Federico García Lorca**

Fuentevaqueros, Granada, 1898–1936



Las sombras bajan, se esconden  
por los troncos, por la yedra,  
entre los altos ramajes;  
otras por el suelo quedan  
como fantasmas tendidos  
bien pegados a la tierra...

Las hay que llegan dormidas  
y se las siente que sueñan...

Otras traen aires sonoros  
en debilísimas quejas...

He cruzado los jardines  
en esta hora en que se ausenta  
el día. Como otra sombra  
crucé por las alamedas.  
Entre los claros oscuros,  
me confundía con ellas.  
En las aguas del estanque  
donde el cielo se refleja,  
había otro cielo de agua  
con misteriosas estrellas.  
Me senté al borde. La noche  
había tendido velas.  
Me pareció como un barco  
que la inmensidad nos lleva...

Aquí estoy sobre mis montes  
pastor de mis soledades.

Los ojos fieros clavados  
como arpones en el aire.

La cayada de mi verso  
apuntalando la tarde.

Quiebra la luz en mis ojos  
la plenitud de sus mármoles.

Tiene el tiempo en mis oídos  
retumbos de tempestades.

Mi corazón se acelera  
sobre el volar de las aves.

Vibra mi sien al zumbido  
de los vientos y los mares.

Y aquí estoy sobre mis montes  
pastor de mis soledades.





En un barrio de Sevilla  
hay una casa cerrada.

¿Por quién florecen los nardos?  
¿Por quién blanquean las tapias?

Desde la calle se escucha  
rumor de fuentes y aguas.

¿Quién se mira en sus cristales?  
¿Quién en su fondo se baña?

La gente pasa con miedo  
ante la casa encantada.

Por el corredor del patio  
se oye a una mujer que canta.

¿Será la amante de un moro?  
¿Será cuerpo de fantasma?

La casa estuvo encendida  
toda una noche hasta el alba.

Al amanecer, muy honda,  
se ha escuchado una guitarra.

Lloraba una inmensa pena  
de soledad y desgracia.

La casa es como un fanal  
para perfumes y lágrimas.

La guitarra se dolía  
con sollozos de dos almas.

¿Quién lloraba entre las flores?  
¿Quién con su muerte ya hablaba?

Era una noche de estío.  
En una casa cerrada.

**Joaquín Romero Murube**  
Los Palacios, Sevilla, 1904-1969



¡Qué tristes están los cielos!,  
¡qué duros son los collados!  
No llevan aguas los ríos,  
no llevan las voces cantos,  
no llevan los mares olas,  
no llevan los cielos astros,

¿Qué voz gime, qué voz llora?  
¿A quién llevan caminando?  
Jerusalén, llora, llora,  
Jerusalén, tu pecado.

El lirio en forma de lirio,  
la rosa en forma de llanto,  
y son las calles las penas,  
y cada dolor un paso,  
y cada paso una muerte,  
y cada muerte un pecado.  
¡Ay, el lirio de Judea  
con la cruz sobre los brazos!  
La fuerzas, que tiene pocas,  
no pueden con lo cargado.

Pesa la cruz, pesa el mundo  
sobre unos hombros tan flacos.

¿Quién es aquel caballero  
a quién le mandan recado?  
Le dicen el Cirineo,  
le dicen que le eche mano;  
les dice que va de prisa,  
que le esperan hoy temprano.  
Le dicen que no le esperen,  
y que le ayude a llevarlo  
el madero aquel al monte,  
que llaman Monte Calvario.

¿Cómo un lirio, cómo un lirio  
puede llevar peso tanto,  
pena a pena, mundo a mundo,  
muerte a muerte, paso a paso,  
sobre pétalos y hombros,  
un madero tan pesado?

[...]

**José Antonio Muñoz Rojas**  
Antequera, Málaga, 1909



Todas las madres del mundo  
ocultan el vientre, tiemblan,  
y quisieran retirarse,  
a virginidades ciegas,  
al origen solitario  
y el pasado sin herencia.

Pálida, sobrecogida  
la fecundidad se queda.

El mar tiene sed y tiene  
sed de ser agua la tierra.  
Alarga la llama el odio  
y el amor cierra las puertas.

Voces como lanzas vibran,  
voces como bayonetas.  
Bocas como puños vienen,  
puños como cascos llegan.  
Pechos como muros roncoss,  
piernas como patas recias.

El corazón se revuelve,  
se atorbellina, revienta.  
Arroja contra los ojos  
súbitas espumas negras.

La sangre enarbola el cuerpo  
precipita la cabeza  
y busca un cuerpo, una herida  
por donde lanzarse afuera.  
La sangre recorre el mundo  
enjaulada, insatisfecha.  
Las flores se desvanecen  
devoradas por la hierba.  
Ansias de matar invaden  
el fondo de la azucena.  
Acoplarse con metales  
todos los cuerpos anhelan:  
desposarse, poseerse  
de una terrible manera.

Desaparecer: el ansia  
general, creciente, reina.

Un fantasma de estandartes,  
una bandera quimérica,  
un mito de patrias: una  
grave ficción de fronteras.

**Miguel Hernández**  
Orihuela, Murcia, 1910–1941

Músicas exasperadas,  
duras como botas, huellan  
la faz de las esperanzas  
y de las entrañas tiernas.  
Crepita el alma, la ira.  
El llanto relampaguea.  
¿Para qué quiero la luz  
si tropiezo con tinieblas?

Pasiones como clarines,  
coplas, trompas que aconsejan  
devorarse ser a ser,  
destruirse, piedra a piedra.  
Relinchos. Retumbos. Truenos.  
Salivazos. Besos. Ruedas.  
Espuelas. Espadas locas  
abren una herida inmensa.  
Después, el silencio, mudo  
de algodón, blanco de vendas,  
cárdeno de cirugía,  
mutilado de tristeza.  
El silencio. Y el laurel  
en un rincón de osamentas.  
Y un tambor enamorado,  
como un vientre tenso, suena  
detrás del innumerable  
muerto que jamás se aleja.

A close-up, black and white photograph of a bicycle wheel hub and spokes. The spokes are thin and radiate from the center hub. The hub is dark and appears to be made of metal. The background is a textured, light-colored surface, possibly concrete or stone.

ROMANCERO  
NUEVO

2ª MITAD SIGLO XX



ANTONIO FERNÁNDEZ SPENCER  
PABLO GARCÍA BAENA  
JOSÉ MARÍA VALVERDE  
MARIANO ROLDÁN  
ANTONIO CARVAJAL  
ANDRÉS TRAPIELLO

ROMANCERO  
NUEVO

2ª MITAD SIGLO XX



Juventud, por el camino  
que el sol recorre en los montes,  
el tiempo supo crear  
lo pasajero en el hombre.  
El hombre buscó caminos:  
sintió en el viento los cobres  
de las campanas que sueñan  
en el sueño de las torres.  
Vió pasar la golondrinas.  
Vió la nieve sobre robles  
y montañas. Dió su canto  
para el remoto horizonte.  
Viajaba con la mirada  
llena de rumor de montes.  
Se fué en el viento, se ha ido,  
¡ni la muerte lo conoce!...



*El viajero*

**Antonio Fernández Spencer**

Sto. Domingo, Rep. Dominicana, 1922–1955



¡Qué ir y venir esa Noche  
por las cocinas del cielo!  
Clara, en el punto de nieve,  
Teresa, entre los pucheros.  
La Carmen Soto vigila  
calderetas y torreznos,  
en tanto tocan a laudes  
almireces y morteros.  
Sumiller de mesa y boca,  
pejes en nácar de Méjico,  
Tobías el caminante  
porta en azafates bellos  
y adobado en pepitoria  
el corzo de San Huberto  
flamea entre las canelas  
que inciensan fulvos braseros.  
Amarguillos y perrunas  
pizcan los franciscos legos  
y los ángeles peinándose  
el almíbar del cabello  
rompen el alinde cande  
de cornucopias de yelo.  
Pinches son los serafines  
y con albos pañizuelos  
espejean como plata  
los platos en los plateros.  
Francolines de Milán,  
plumas de rojo capelo

en horno de palosanto  
doran pechugas al fuego.  
Los pastores, que son hombres  
de recental paramento,  
cuecen habas, hierven gachas,  
majan sal de salmorejos  
y la majada se niebla  
al humo de los espetos.  
Parihuelas con salvillas,  
frutas de sartén, buñuelos,  
alfajores, bartolillos,  
alojas de caramelo,  
bechamelas, mostachones,  
capuchinas, borrachuelos,  
colman bandejas de azófar,  
enmelan los lienzos duendos  
y como hostiarios relucen  
dulceras en los chineros.  
El caldo de la parida,  
en áureo grial enhiesto,  
al dar en punto las doce  
sirve el maestresala atento.

La Virgen, como es ayuno,  
un suspiro es su alimento,  
y al Niño recién nacido,  
en níveo pórfido cuenco  
que vela mano de ámbar,  
da la leche de su pecho.

**Pablo García Baena**  
Córdoba, 1923



El tremendo adolescente  
despertaba de un mal sueño.  
De pronto, le parecía  
que Dios se le había muerto.  
Y entonces se levantaba  
en la oscuridad, gimiendo,  
y con las manos tendidas  
a tientas, náufrago ciego,  
palpaba la pared, para  
sentir algo firme, ajeno;  
ponía en ella la frente  
como en el hombro paterno.  
«¿Verdad que yo hablo ahora  
con alguien; que estás oyendo?  
¿Verdad que todo es verdad,  
y que el mundo no está hueco?»  
Y así vivía, y dormía  
sin dormir, y, si despierto,  
azuzaba sus palabras,  
cavaba su pensamiento;  
le perseguía, buscando  
detrás de sus recovecos  
los escondites de Dios;  
velaba, siempre en acecho,  
como si fuera a abrazarle  
a la vuelta de un momento.

Pero se le fue endulzando  
el corazón lentamente.  
Se le olvidaba, en descuidos,  
su empeño de velar siempre.  
Sin querer se fue callando,  
cansando, como se duerme  
a pie firme un centinela,  
o se distraía a veces  
viendo cruzar algún pájaro  
o un tímido amor naciente,  
o una sonrisa; escuchando  
el tiempo en sordo torrente,  
mirando su cabrilleo  
como el agua desde un puente,  
que le hacía ciego y sordo,  
dulce olvido concediéndole,  
y le cargaba los párpados  
de un deseo de tenderse  
en el regazo del mundo,  
de arrojarse con las fieles  
cosas, y, confiado, al sueño  
entregarse y disolverse...

[...]

**José María Valverde**

Valencia de Alcántara, Cáceres, 1926–1996

Mariano Roldán  
Córdoba, 1932

*¿Qué tiene el huerto...?*



¿Qué tiene el huerto que no  
deja, indócil, que mi sangre  
vaya oliendo, entre sus verdes  
prodigios, vida de antes?  
¿No es ya huerto sino cuna?  
¿No es ya cuna sino madre?  
¿Muerte primera brotando,  
rosa niña en los rosales  
de aquellos años perdidos  
y encontrados cuando es tarde?  
¿Magnolia desbaratando  
su obscena y madura carne,  
que ya no encela al celindo  
ni al nardo del arriate  
ni a los primerizos pájaros  
ni al son del agua constante?  
Mayor se hizo la muerte  
y en el huerto ya no hay nadie.  
Aquellos pájaros plácidos  
de mal agüero son aves.  
Ya aquel fresco huerto hiede  
a tiempo, como mi sangre.

Miré tus manos, forjadas  
en el amor y el trabajo,  
duras para la caricia,  
débiles ante el fracaso  
que espina, piedra o martillo  
por la fuerza les marcaron,  
y recordé la belleza  
ideal que señalaron  
manos que nunca tuvieron  
señal de dolor ni ramos  
abiertos: manos intactas,  
aisladas luz de unos astros  
extinguidos hace tiempo,  
pero en nuestros ojos claros.  
Y preferí recogerlas  
en las mías, mientras vamos  
de un amor nunca bien dicho  
a un trabajo mal pagado.





¡Qué lenta pasa la tarde  
de un domingo y qué vacía  
contemplada desde un tren!  
Es casi filosofía  
ese perder la mirada  
por la sucia ventanilla:  
los cortijos a lo lejos  
de fincas como provincias,  
el porvenir de una nube,  
las polvorientas encinas.  
Se miran los girasoles  
unos a otros de envidia  
y los campos de algodón  
de llanura se eternizan.  
Apeaderos de muerte  
con un sol que es de justicia.  
Cruza una galga canela  
en una estación vacía  
como el garabato azul  
de un pintor impresionista:  
pueden contársele todas  
y una a una las costillas.

La torre de un palomar  
en un alcor se divisa,  
blanca, dormida, con sombras  
de mucha melancolía.  
Va atardeciendo. Llegamos.  
En el corazón declinan  
las luces crepusculares...  
Ahora el tren marcha despacio  
entre fábricas en ruinas,  
escombreras, basureros  
y chabolas de uralita,  
un cinturón miserable  
con esta dorada hebilla  
que brilla con ojos negros:  
me dice adiós una niña.  
Es el arrabal que viene  
a darme la bienvenida.  
Qué silenciosa llegada  
y qué triste melodía,  
sonata de notas muertas:  
toda ciudad es la misma.

**Andrés Trapiello**

Manzaneda de Torío, León, 1953





**Ro  
MAN  
CERO**

**ÍNDICE  
DE OBRAS Y  
AUTORES**



ÍNDICE  
DE OBRAS Y  
AUTORES



PRESENTACIÓN	7
INTRODUCCIÓN	11

## ROMANCERO VIEJO

### SIGLOS XIV Y XV

Anónimo (sefardí)	<i>Delgadina</i>	17
Anónimo (sefardí)	<i>La vuelta del marido</i>	20
Anónimo	<i>Romance de Fonte frida</i>	22
Anónimo	<i>Romance del prisionero</i>	23
Anónimo	<i>Abenámar y el rey don Juan</i>	24
Anónimo	<i>La mora Moraima</i>	26
Anónimo	<i>Romance del Conde Arnaldos</i>	27
Anónimo	<i>La hija del rey de Francia</i>	28
Anónimo	<i>Álora, la bien cercada</i>	30
Anónimo	<i>La jura de Santa Gadea</i>	32
Anónimo	<i>La derrota de don Rodrigo</i>	35
Anónimo (mallorquín)	<i>La bella en misa</i>	38
Anónimo	<i>R. del rey moro que perdió Alhama</i>	40

## ROMANCERO NUEVO

### SIGLOS XVI Y XVII

Lope de Vega	<i>Mira, Zaide...</i>	45
Pedro de Padilla	<i>De las ganancias de amor...</i>	48
Miguel de Cervantes	<i>Romance de La Gitanilla</i>	50
Luis de Góngora	<i>Servía en Orán al Rey...</i>	52
Francisco de Quevedo	<i>A los moros por dinero...</i>	54
Lucas Rodríguez	<i>Romance de Angélica</i>	56

## ROMANCERO NUEVO

### SIGLOS XVIII Y XIX

N. Álvarez Cienfuegos	<i>El fin del otoño</i>	61
Juan Meléndez Valdés	<i>Rosana en los fuegos</i>	64
José Zorrilla	<i>A buen juez, mejor testigo</i>	66
Gustavo Adolfo Bécquer	<i>Dos rojas lenguas de fuego</i>	69
Rosalía de Castro	<i>Cantares galegos</i>	70
Jacinto Verdaguer	<i>Les tres volades</i>	72
Anónimo	<i>¿Dónde vas Alfonso XII?</i>	74

## ROMANCERO NUEVO

### 1ª MITAD SIGLO XX

Antonio Machado	<i>La tierra de Alvargonzález</i>	79
Miguel de Unamuno	<i>Durium-Duero-Douro</i>	82
Pío Baroja	<i>Las Ventas de Cárdenas</i>	84
Juan Ramón Jiménez	<i>Romance son de mis venas</i>	86
Delmira Agustini	<i>Para tus manos</i>	87
Gerardo Diego	<i>Romance del Júcar</i>	88
Federico García Lorca	<i>Muerte de Antoñito el Camborio</i>	90
Concha Méndez	<i>Sombras</i>	92
Pedro Garfias	<i>Romance de la soledad</i>	93
J. Romero Murube	<i>Kasida del misterio</i>	94
J. Antonio Muñoz Rojas	<i>El Calvario</i>	96
Miguel Hernández	<i>Guerra</i>	98

## ROMANCERO NUEVO

### 2ª MITAD SIGLO XX

A. Fernández Spencer	<i>El viajero</i>	103
Pablo García Baena	<i>La cocina de los ángeles</i>	104
José María Valverde	<i>Historia</i>	106
Mariano Roldán	<i>¿Qué tiene el huerto...?</i>	108
Antonio Carvajal	<i>Seis poemas</i>	109
Andrés Trapiello	<i>Elogio de la inmovilidad</i>	110

ÍNDICE	115
--------	-----



Se terminó de imprimir esta obra,  
el 8 de septiembre de 2007,  
aniversario de la muerte  
de Francisco de Quevedo,  
eminente poeta del Siglo de Oro.





